

Zuloaga, Noailles y Einstein: Encuentros y Alusiones

Dr. Santiago Rementería Sanz

Doctor en Ciencias Físicas

Se esbozan aspectos en torno a los contactos mantenidos entre estos personajes dispares, incluyendo detalles de la pequeña historia de dos retratos de Ignacio Zuloaga. Uno de ellos, el de la condesa de Noailles, consumado y obra emblemática del Museo de Bellas Artes de Bilbao, y el otro, de Albert Einstein, que no llegó a realizarse. Fragmentos de cartas y material periodístico ilustran el contexto de su relación y ponen de manifiesto las diferentes actitudes de los protagonistas.

Hiru pertsonaien kontaktuei buruzko zehetasunak zirimarratzen dira, Ignacio Zuloagaren bi erretraturen historia txikia barne. Hauetariko bat, Noailles Kontesarena alegia, egun Bilboko Arte Ederretako Museoko lanik ospetsuenarikoa dugu. Bestea, Albert Einsteinena, ez zen azkenean burutu. Garaiko eskutitz eta aldizkari-testuek elkarrekiko harremanen ingurua erakutsi eta haien jarrera desberdinak ezagutarazten dituzte.

The contacts between such disparate celebrities are outlined, including the story of two portraits by Ignacio Zuloaga. One is the well-known portrait of the Countess of Noailles, a masterpiece amongst the funds of the Museum of Fine Arts in Bilbao. The other one was intended to be Albert Einstein's, but it was never completed. Extant correspondence, as well as journal and newspaper material illustrate the context of their relationship and reveal their different personal attitudes.

Recientemente se cumplían ocho décadas de la llegada a Bilbao del *Retrato de la Condesa Mathieu de Noailles*. Este cuadro de Ignacio Zuloaga, referencia destacada del Museo de Bellas Artes de la villa y distinguido en alguna ocasión como paradigma de la actividad retratística del pintor guipuzcoano, ha sido objeto de numerosos comentarios especializados¹. Lejos de despertar la admiración unánime, sin embargo, el conjunto de la obra de Zuloaga fue motivo de división entre sus coetáneos. Artista expresivo, vigoroso y genial para unos, para otros fomentó una visión tópica, sombría e imaginaria del país y sus gentes (“con los ojos del extranjero”, según testimonio propio). Contrvertido además por su sentido comercial, y también por sus vínculos con el poder, el hecho es que el pintor disfrutó de una enorme fama que le permitió trabar relación con personalidades de la vida social, política y cultural de su época.

Tanto Zuloaga, elevado a la categoría de referente pictórico de la Generación centenaria, como Madame de Noailles se desarrollaron en ambientes nutridos de cultivadores de las letras y las artes. Como aproximación a los caracteres de ambos resulta interesante, sin embargo, considerar sus actitudes respectivas ante la oportunidad de entablar relación con Albert Einstein, científico que, aunque enormemente célebre en su tiempo, era ajeno a sus círculos de amistades e intereses personales.

Profundo y original tanto en la faceta creadora como en su papel crítico, Einstein constituye un nexo inusual entre Zuloaga y la aristócrata, el tercer vértice de un particular trayecto en el que se entrelazan distintas formas de manifestación de la capacidad creativa. Lo que sigue es un recorrido, basado en material epistolar y periodístico de la época, por los momentos en que las vidas de estos tres personajes de origen y carácter dispares se entrecruzaron de forma fugaz.

1. El pintor y la poetisa

*“El arte es ciencia –en persona”*²

El retrato de la condesa de Noailles, uno de los más sugerentes realizados por el artista eibarrés, fue pintado en París en junio de 1913. Nunca mostrado al gran público en Francia, se expuso en diversas ciudades de Estados Unidos en 1916 y 1917, año en el que Sánchez Mazas mostraba su admiración en los conocidos sonetos que le dedicó³. La compra y posterior donación del óleo al

¹ Véase, como muestra, GONZÁLEZ DE DURANA, Javier. De unos experimentados en los secretos celestes. En: *Bilbao*, nº 23, 1989; p. 12, así como DE BEAUCORPS, Monique *La Peinture Espagnole*, Paris: Éditions Nathan, 1990; pp. 144-145.

² COCTEAU, Jean. The public and the artist. En: *Vanity Fair*, octubre 1922; p. 61.

³ SÁNCHEZ MAZAS, Rafael. Siete sonetos ante el retrato de la condesa de Noailles. En: *Hermes*, nº 8, 1917; p. 511.

Museo de Bilbao en 1919 por parte de Ramón de la Sota, tras la histórica Exposición Internacional de Pintura y Escultura, fueron motivo de encendidos elogios. El gesto “a lo Carnegie” del naviero fue calificado de “notable servicio a la cultura artística de Bilbao”, considerándose “de un desinterés tan desusado que rayará, para muchos, en lo absurdo”. Respecto al lienzo se afirmó entonces que era una “joya”, “una de las notas más interesantes de la Exposición” con la cual el museo quedaba considerablemente “avalorado”⁴. En opinión del cronista del diario *Euzkadi*, entre los más explícitos a la hora de ponderar el legado, el óleo era “una de las mejores obras expuestas”, “un soberbio retrato” y “el ‘clou’ de la exposición”. “La *chef d’oeuvre* –finalizaba el artículo– era objeto de verdadera persecución, especialmente por parte de espléndidos aficionados de Norteamérica”⁵. También el periódico madrileño *El Sol* se mostró expresivo al comentar la noticia:

El “Retrato de la condesa de Noailles” es uno de los cuadros más admirables de Zuloaga. Algunos críticos han querido ver en este lienzo la obra maestra del gran pintor español. Es universalmente conocido como uno de los mayores triunfos de la pintura moderna. El éxito de este cuadro en París fue indudablemente uno de los más ruidosos que ofrece la historia del Arte en los últimos años de “l’avant guerre”. Actualmente, en la Exposición de Bilbao, que dentro de este orden de cosas, es sin duda el intento más serio de todos los realizados hasta ahora en nuestro país, el “Retrato de la condesa de Noailles” comparte con “El cardenal” las miradas mejores de los visitantes. Y es que cada vez descubren los ojos nuevos motivos de admiración en este bellissimo lienzo que, en calidad de espléndido presente, ofrece a Bilbao el señor de la Sota. El Museo de Bellas Artes de esta invicta villa está, actualmente, de enhorabuena⁶.

Anna Elisabeth, princesa de Brancovan por ascendencia, y condesa Mathieu de Noailles por matrimonio, no era una aristócrata más del París de la Belle Époque. Apasionada y vital de carácter, la condesa llegó a acaparar una parcela de la actualidad literaria de la capital francesa con su poesía instintiva, romántica y, aunque en ocasiones algo convencional y reiterativa, abundante en imágenes luminosas descritas en términos extremos. A caballo entre el lirismo decimonónico y el modernismo del nuevo siglo, algunas de las escenas que evoca en sus poemas, relativamente audaces en su contexto, contrastan con una estructura fundamentalmente clásica (“mujer moderna con alma

⁴ *La Gaceta del Norte*, 24 de septiembre 1919; p. 1; *La Tarde*, 23 de septiembre 1919; pp. 1, 3; *El Pueblo Vasco*, 24 de septiembre 1919; p. 1; *La Tarde*, 24 de septiembre 1919; p. 3. El precio pagado fue de cien mil pesetas.

⁵ *Euzkadi*, 23 de septiembre 1919; p. 2.

⁶ *El Sol*, 23 de septiembre 1919, reproducido en *La Tarde*, 24 de septiembre 1919.

antigua”, en palabras de Rubén Darío⁷). Sus obras en prosa también se revelan como poesía no rimada. El amor, el placer, la belleza y la naturaleza, temas centrales en un comienzo, dieron paso a un tono más espiritual y dramático a medida que la salud de la escritora flaqueaba. De personalidad enfática y ajena a la medida, en su obra conviven pasajes ingenuos y superficiales con otros delicados y bellamente cincelados que muestran su dominio de la expresión y una notable profundidad psicológica. El verso voluptuoso e incontenido puede llegar a resultar extravagante para los oídos actuales, pero muchos de sus contemporáneos apreciaron el interés de una obra llamativa y sugerente, poco traducida y comparativamente devaluada. Siendo cierto que Anna de Noailles siempre tuvo detractores –justo es admitir que no todos ellos se movieron según criterios estrictamente literarios⁸–, en los últimos años se observan esfuerzos por recuperar el reconocimiento de una escritora que, con todo, alcanzó altas cotas en las letras francesas.

Políticos y escritores se hallaron entre sus admiradores confesos. Las cartas de Marcel Proust a la condesa están plagadas de expresiones admirativas que rayan en la mitificación. En el ejemplar dedicado de su obra *Sodoma y Gomorra* escribió: “Milagrosa encarnación en un cuerpo femenino del genio de Hugo, Vigny, Lamartine. Respetuoso homenaje de quien siempre se podría llamar su amigo, en los benditos y siempre favorecidos días”. “La condesa de Noailles no es una *basbleu* –opinará por su parte Rubén Darío–. Es una bella flor humana llena de mental esencia, que se exterioriza en formas de armonía. Es una rara perla perfumada, como las del mar de Ormur. Es una aparición de figura poética y legendaria, en pleno París del siglo XX”⁹.

José Ortega y Gasset, espectador y comentarista impenitente, dice de ella que “tal vez no haya habido en todas las literaturas modernas otra mujer dotada de parejo ímpetu poético”, “es la hilandera mayor del lirismo francés”, “la más poética de las condesas y la más condesa de las poetisas”¹⁰. También el polifacético Jean Cocteau se declara un devoto de la aristócrata, desde su primera misiva, que dio pie a una afectuosa correspondencia y en la que se confiesa cautivado (“Es usted más exquisita que Ronsard, más noble que Racine y más magnífica que Hugo”¹¹), hasta sus prematuras memorias en las que le

⁷ DARÍO, Rubén. A propósito de Mme. de Noailles. En: *Opiniones*, Madrid: Fernando Fé, 1906; p. 89.

⁸ Para un ejemplo que provocó la irritación de la aristócrata, véase BENJAMIN, René *Au Soleil de la Poésie: Sous l'Oeil en Fleur de Madame de Noailles*, París: Librairie des Champs-Élysées, 1928.

⁹ DARÍO, Rubén *Op. cit.*; pp. 89-90.

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, José. La poesía de Anna de Noailles (1923). En: *Obras Completas*, tomo IV, Madrid: Alianza Editorial - Revista de Occidente, 1983; pp. 429-435. Ortega ya se había referido a la condesa en *El Rostro Maravillado* (1904). En: *Obras Completas*, tomo I; pp. 33-36.

¹¹ COCTEAU, Jean y NOAILLES, Anna *Correspondance*, París: Éd. Gallimard, 1989.

dedica varias páginas y, rotundo, sentencia: “Después de mi muerte, iré a ver a Anna de Noailles”¹².

El perfil legado por la escritora argentina Victoria Ocampo, más personal y matizado, presenta a la aristócrata como una criatura deslumbradora, desconcertante, extraordinaria y engañosa, encontrando tan conmovedor su lirismo como detestable su énfasis. Ante su estado de exaltación perpetua Ocampo se pregunta:

[...] en que momento del día o de la noche pudo haberse hecho en torno de esta mujer vertiginosa –y toda fuegos artificiales– suficiente silencio, suficiente penumbra para que pudiese volver a la verdad de su corazón y sacar de él algunos de esos versos magníficos, cuya belleza no se puede, sin mala fe, poner en discusión¹³.

Zuloaga, que durante su estancia en la ciudad del Sena se relacionó con personajes de la vanguardia artística del momento, acabó incorporándose al amplio círculo de amistades de la condesa. Su primer encuentro tuvo lugar a comienzos de 1912 en la residencia de Madame Bulteau, quien recogía en su diario una observación acerca de la reacción del artista vasco: “parece fuertemente interesado por los ojos de Anna”¹⁴.

La correspondencia conocida entre la condesa de Noailles e Ignacio Zuloaga rebosa en halagos mutuos. Las cartas y los telegramas intercambiados revelan detalles acerca de los preparativos para la ejecución del retrato, desde la elección del vestido y un tejido oriental hasta la decisión de la dama de acudir sola al estudio del pintor para poder posar en calma. Noailles insiste en el sentimiento de inmortalidad que le proporciona esta experiencia y lamenta la conclusión de la obra, “pues me encontraba muy bien en su casa, ¡no sólo en pintura!”.

En la única carta suya encontrada entre los papeles del pintor, la poeta exclama: “¡Creo que mi retrato es más célebre guardado que expuesto! Me han hablado de él desde los confines del mundo”, y se despide expresando su “gran admiración y más sincera amistad”¹⁵. La biblioteca del guipuzcoano

¹² COCTEAU, Jean *Retratos para un Recuerdo*, Barcelona: Parsifal, 1990; pp. 133-140. La edición original es de 1935. Al final de su vida Cocteau publicó *La Comtesse de Noailles. Oui et Non*, París: Librairie Académique Perrin, 1963.

¹³ OCAMPO, Victoria. Anna de Noailles y su poesía. En: *Testimonios*, Madrid: Revista de Occidente, 1935; p. 309.

¹⁴ El manuscrito, fechado el 27 de enero, se conserva en la Biblioteca Nacional francesa. Agradezco esta referencia a la profesora Claude Mignot-Ogliastri de la Universidad P. Valéry de Montpellier, Francia, al igual que los detalles que siguen acerca de las cartas, hoy en su poder, escritas por Anna de Noailles.

¹⁵ Carta sin fecha de Noailles a Zuloaga, seguramente de 1913. Recogida en PLESSIER, Ghislaine *Ignacio Zuloaga et ses Amis Français*, París: Éditions L'Harmattan, 1995; pp. 307-308. La principal fuente para este trabajo fue la tesis doctoral de Mayi MILHOU, publicada como *Ignacio Zuloaga et la France (1870-1945)*, St-Loubès: Éd. Graphilux, 1981.

incluía un ejemplar de *Les Vivants et Les Morts* –el libro que la escritora acababa de publicar cuando comenzó a acudir a su estudio– cuya dedicatoria contiene términos similares: “A *Monsieur* Zuloaga, en testimonio de toda mi gran admiración”.

En una de las diez breves misivas enviadas por el pintor a la condesa que se conservan se puede leer: “Le atenderé a la hora que usted desee, pues es preciso que domine su cabeza. Soy indigno de una modelo como usted. Su admirador, Ignacio Zuloaga”¹⁶. El artista se refería a un estudio al óleo y tomado al natural, un busto corto que recoge la parte menos teatral de la obra final y que conservó durante años en su taller. El recuerdo de Cocteau parece reparar los trazos del pincel:

[..] Flequillo y bucle (que ella llama su columna de Vendôme) descendiendo en espirales sobre el hombro, parece que sus anchas pupilas estén pintadas sobre un antifaz que oculta los ojos y que ella levante la cabeza para mirar por debajo. Esos ojos artificiales, esos ojos inmensos brillan a derecha e izquierda del rostro horizontal. Una nariz poderosa, un pico, aletas con profundas incisiones apropiadas para respirar todos los olores del mundo¹⁷.

Aunque Noailles posó para numerosos pintores y escultores (incluido Rodin, a quien dejó plantado antes de que concluyera su obra), siempre recordó con afecto las sesiones en la *rue* Caulaincourt y apreció especialmente este retrato, el menos convencional de todos ellos. La enigmática mirada de la esfinge constituye quizá, junto con su postura recostada y el tocado de la figura, el aspecto más llamativo –y celebrado– en una atmósfera vaporosa, de suave acento modernista y cargada de simbolismo:

Dos ocasos de sol han entrado en tus ojos y han dejado para siempre tu alma radiante. Los hombres se abrasarán en esas profundas luces. [...] Y cuando hayan visitado los más dulces lugares de la tierra y bebido el amargor, la soledad exaltada y la dulzura bajo los cielos lánguidos, volverán insatisfechos a colgarse de tus ojos, cuya mirada es fascinadora y opaca como una sala baja en el fondo de un brillante palacio¹⁸.

Concluidas las sesiones la aristócrata partía de París satisfecha:

Debo decirle con qué emocionante reconocimiento pienso en la perdurable gloria con la que usted me ha colmado por la presencia en

¹⁶ La información sobre las cartas de Zuloaga a Noailles, conservadas en la Biblioteca del Instituto de París, me ha sido proporcionada por la profesora Catherine Perry de la Universidad de Notre Dame, Indiana, Estados Unidos, a quien estoy agradecido.

¹⁷ COCTEAU, Jean *Op. cit.*; p. 136.

¹⁸ NOAILLES, Anna *El Rostro Maravillado*, traducción de Tomás Borrás y Bermejo, Madrid: Ed. Estrella, 1931; p. 134.

el mundo de un divino lienzo sobre el cual todas las miradas se posarán asombradas cuando ni usted ni yo estemos ya.

A lo que el pintor respondía:

Yo también me marchó hoy querida señora; y parto feliz de saber que el cuadro que le he pintado le gusta a usted. En cuanto a la posteridad y la admiración de la gente, lo será a buen seguro por su genio y su belleza, y no por la expresión que yo le he podido dar.

Zuloaga simultaneó la ejecución de este lienzo con el retrato de Maurice Barrès, escritor, político y polemista con quien compartió tertulia en los salones parisinos. El escritor argentino Enrique Rodríguez Larreta, por aquellos días embajador de su país y también retratado por Zuloaga, acompañó a ambos modelos –él en sesión matinal, ella por las tardes–. A juzgar por sus comentarios, el de Eibar disfrutó con la experiencia: “¡Imagínese! ¡Estas tres grandes cabezas, estas conversaciones ínfimas y prodigiosas! Me encontraba en una admiración perpetua”¹⁹.

La relación entre Noailles y Barrès, rota en 1909, no se reanuda, según la creencia común, hasta 1916. Hay quien opina, no obstante, que Zuloaga pudo servir de nexo entre ellos durante el tiempo que duraron las sesiones de pose, y recientemente se ha afirmado que fue la propia condesa quien indicó al pintor la postura y expresión que deseaba para su retrato, en un gesto de autoafirmación desafiante y emancipadora frente a Barrès²⁰.

Anna de Noailles, primera dama investida comendador de la napoleónica Legión de Honor, se refirió en obras como *Les Éblouissements* o *El Rostro Maravillado* a la ciudad de Bayona, y viajó al País Vasco junto con Edmond Rostand y su familia coincidiendo con la evacuación del gobierno francés a Burdeos durante la Gran Guerra²¹. Residió entonces durante un tiempo en Cambó, visitando de nuevo la mansión Arnaga de aquella localidad en 1921, poco después de fallecer el creador de *Cyrano*²².

¹⁹ PLESSIER, Ghislaine *Op. cit.*; p. 234. En la posdata de una de sus cartas a la condesa el pintor le recordaba: “Ha olvidado usted su collar, Larreta su abrigo ...”.

²⁰ DAPOUS, Rima K. *Patriarchy and the dream of a feminine imagination: A study of the work of Anna de Noailles*, Tesis Doctoral, Oxford: Universidad, noviembre 1999 (comunicado por C. Perry). La correspondencia entre Noailles y Barrès permaneció sellada hasta fecha reciente, revelándose entonces aspectos de una relación mantenida en relativo secreto (NOAILLES, Anna y BARRÈS, Maurice *Correspondance 1901-1923*, Ed. MIGNOT-OGLIASTRI, Claude, Paris: L'Inventaire, 1994). Los retratos de ambos escritores se mostraron juntos en la exposición itinerante dedicada a Zuloaga que se presentó en Bilbao y finalizó en París en 1991.

²¹ ESPIL, Pierre. Anna de Noailles en Pays Basque. En: *Bulletin des Sciences, Lettres et Arts de Bayonne*, nº 133, 1977; pp. 433-438.

²² También Zuloaga visitó la residencia de Rostand, con quien realizó alguna excursión por tierras guipuzcoanas (LARRETA, Enrique. Souvenirs du Paris de jadis. En: *Revue des Deux Mondes*, 15 de diciembre 1939; pp. 571-587).

Como no podía ser de otro modo, la aristócrata se propuso conocer a Albert Einstein cuando éste visitó la capital francesa en marzo y abril de 1922. Madame de Noailles, que ya había obtenido el Gran Premio de Literatura de la Academia Francesa, acababa de ingresar en la Real Academia de Lengua y Literatura Francesa de Bélgica, un acontecimiento que no pasó desapercibido para la revista cultural bilbaina *Hermes*²³.

2. La poetisa y el científico

*“Los patrones matemáticos, al igual que los de los pintores o los poetas, deben ser bellos. Las ideas, lo mismo que los colores o las palabras deben encajar de modo armonioso”*²⁴

El sentimiento antigermánico era patente en Francia cuando Einstein fue invitado por su colega Paul Langevin, en representación del *Collège de France*, para exponer los principios relativistas en un entorno científico mayoritariamente escéptico y considerablemente politizado. El catedrático de Berlín, que finalmente aceptó la propuesta con la esperanza de poder contribuir a la renovación de las relaciones culturales francoalemanas tras la guerra mundial, comprobó cómo el debate científico y filosófico despertado a raíz del viaje sirvió para suavizar algunas de las reservas y prejuicios existentes. Durante los siguientes cinco años Einstein, pacifista e internacionalista activo, constituiría prácticamente la única excepción al boicot internacional sobre los intelectuales alemanes.

La visita desató pasiones opuestas que se reflejaron en la treintena de diarios parisienses de la época. En trece días el físico impartió cinco conferencias sobre las teorías restringida y general de la relatividad, un tema que dividía a la comunidad científica francesa pero que, sobre todo, despertaba la imaginación del gran público. Poco importaban la mayor actualidad y candencia de otros aspectos del conocimiento físico en los que Einstein compartía protagonismo²⁵. La sociedad demandaba explicaciones divulgativas y, por una vez, un tema científico –inevitablemente deformado– fue motivo de conversación en

²³ La Condesa de Noailles, Académica. En: *Hermes*, nº 80, 1922; p. 86.

²⁴ HARDY, Godfrey H. *A Mathematician's Apology*, 3ª ed., Cambridge: University Press, 1967 (primera edición de 1941). Hardy (1877-1947) fue uno de los matemáticos británicos más brillantes del primer tercio del siglo XX.

²⁵ Así, por ejemplo, y aunque su primera nominación se remontaba a 1910, la Academia de Ciencias Sueca decidió concederle el premio Nobel correspondiente al año 1921, “independientemente del valor que finalmente se pueda otorgar a sus teorías de la relatividad y gravitación, en caso de que se confirmen, por sus servicios a la física teórica, y especialmente por su descubrimiento de la ley del efecto fotoeléctrico”. Los diarios bilbainos recogieron puntualmente la noticia de la concesión del galardón.

los salones de la capital francesa, donde llegó a hacer “la competencia, si no al *fox-trott* y al *shimmy*, sí al menos al *bridge*”²⁶.

En tales circunstancias el estamento académico galo se esforzó por evitar que los debates entre el visitante teutón y las glorias de la ciencia nacional se convirtieran en punto de encuentro del *Tout Paris*:

La severa honestidad de Langevin había marcado su paso, y tan generoso como había sido con la distribución de invitaciones a los hombres de ciencia y de estudio [...], también había sido implacable al negárselas a todo cuanto pudiera representar el esnobismo, la ostentación o la simple curiosidad mundana. Así, resumiendo, no estoy seguro de que se hubiera podido contar en este faro de elegancias intelectuales ni tan siquiera media docena de mujeres verdaderamente elegantes. En esta vitrina de muros vetustos en la que iban a brillar los más puros diamantes del pensamiento, un diestro ladrón no habría podido sustraer bastantes joyas como para justificar la menor noticia en las gacetas. [...] Esto también estaba muy en armonía con el gusto de Einstein²⁷.

El viaje a la capital francesa supuso la réplica de un patrón de reacción social manifestado de forma creciente desde finales de 1919, consumado en los Estados Unidos el año anterior y que se extendería a cada país visitado por Einstein. Se trataba de un auténtico fenómeno de masas favorecido por la coyuntura histórica del periodo de entreguerras y entre cuyos ingredientes se encontraba, además del papel jugado por la prensa y la personalidad del científico, la fascinación del público ante lo incomprensible. “En medio de la desilusión universal que ha anegado el planeta, –afirmaba Ortega– Einstein significa el sublime pretexto para una fe que quiere renacer”. Y dirigiéndose a él añadía: “Es usted [...] el nuevo mago, confidente de las estrellas”²⁸.

La larga huelga de tipógrafos que afectó en aquella época a cinco diarios de Bilbao influyó, no cabe duda, en el hecho de que no se tuviera en la villa noticia detallada de la visita de Einstein a Francia. Pocos días después de finalizar este viaje, sin embargo, *El Noticiero Bilbaino* publicaba una alusión al científico en una columna de contenido técnicamente confuso²⁹. La redacción

²⁶ VAUTEL, Clement. En: *Le Journal*, 2 de abril 1922; p. 1.

²⁷ NORDMANN, Charles. Einstein expose et discute sa théorie. En: *Revue des Deux Mondes*, vol. IX, 1 de mayo 1922; pp. 131-132.

²⁸ ORTEGA Y GASSET, José. Con Einstein en Toledo (1923). En: *El Tema de Nuestro Tiempo*, 18ª ed. Madrid: Revista de Occidente, 1976; pp. 196-197.

²⁹ NORDAU (seudónimo). Revolución Científica. En: *El Noticiero Bilbaino*, 22 de abril 1922; p. 1.

del texto refleja la celebridad de un personaje que hasta este momento no había recibido mayor atención por parte de los cronistas locales³⁰.

Siempre atenta a los temas de actualidad en las tertulias de moda, Anna de Noailles quiso organizar un homenaje privado al físico alemán, tal y como había hecho antes con otros personajes extranjeros de paso en París. Según la percepción popular, en el caso de Einstein se sintió más atraída por la imagen romántica del sabio independiente y audaz proyectada en los periódicos que por un interés genuino en las ciencias exactas³¹. De acuerdo con una historia apócrifa, la aristócrata, señalada por más de uno por su tendencia al capricho, no se contentaba con asistir a las conferencias impartidas por el sabio. Éste habría declinado la invitación, y la prensa caricaturizó la supuesta frustración de la dama tras la negativa del científico. En un artículo cargado de ironía se afirmaba que la condesa, con nombre figurado, estaba “furiosa” ante el atrevimiento del Einstein de “darle plantón”. En una conversación ficticia se quejaba la escritora de la inaccesibilidad del investigador y de su aparente indiferencia por las “relaciones mundanas”. La mordacidad del redactor se mantenía hasta el final: “Como ve usted, el tricentenario del autor de *Las Mujeres Sabias* sigue estando de actualidad”³².

El asunto quedó saldado cuando la aristócrata –amante del lujo y soñadora, gesticulante y teatral en las formas– compartió mesa y mantel con el científico –su antítesis en cuanto a gustos sociales– no en una, sino en dos veladas organizadas por Emile Borel, notable de la ciencia y la política francesas. A la primera de ellas, de tono más familiar, asistieron viejos colegas de Einstein como Jean Perrin o Marie Curie. El segundo de los agasajos, celebrado una semana más tarde, congregó a una serie de profesores extranjeros, y no habría sido de extrañar que el verbo atropellado de la condesa, conversadora entusiasta rodeada de caballeros de gesto adusto, acaparase la tertulia. A pesar de ser la única persona presente no versada en los detalles técnicos del debate del momento Noailles se había cuidado de adquirir algunas nociones ele-

³⁰ La primera noticia recogida en los diarios bilbainos acerca de los trabajos de Einstein, aunque sin nombrarlo, se remonta al 13 de noviembre de 1919 (*El Noticiero Bilbaino*; p. 2). Aquel mismo año había figurado como firmante de un documento publicado en *Hermes* (Un manifiesto de los intelectuales del mundo, n.º 44; p. 270, y XENIUS -seudónimo de Eugenio D’Ors-, Voz de inteligencia, n.º 45; p. 288), donde más tarde también era citado en una crónica (SOTA, Alejandro. Del Gran Mundo. Modas nuevas y viejas - Londres, n.º 74; p. 113). Al margen de menciones puntuales en 1921 y 1922, la eclosión de referencias en los diarios de la capital vizcaina tendría lugar al año siguiente con ocasión del periplo español del físico (GLICK, Thomas F. *Einstein y los Españoles: Ciencia y Sociedad en la España de Entreguerras*, Alianza: Madrid, 1986; REMENTERIA, Santi. Bilbao, 1923: ¿Dónde está Einstein?. En: *Bilbao*, n.º 113, 1998; p. 36).

³¹ La actitud de la condesa ante la ciencia en esta época se puede calificar como ambivalente, insistiendo en el retorno a valores supuestamente más apegados a la tierra y la vida tras unos años a comienzos de siglo en los que confió en su capacidad para mejorar la condición humana.

³² VAUTEL, Clement *Op. cit.*

mentales acerca de la relatividad y sus implicaciones, y su balance de ambas reuniones fue muy positivo. Quedó encantada, sobre todo, de encontrar en Einstein un humor digno del suyo. Apreció la conversación simple y animada del físico, y en lo sucesivo afirmaría que el genio de éste operaba el milagro de alterar la atmósfera de una habitación por su sola presencia³⁵. Prueba de la excelente impresión causada por el científico en la escritora es el hecho de que años después ésta insistiera ante las autoridades de su país para que, ante la amenaza nazi, se admitiera a Einstein como miembro del *Collège de France*³⁴.

No se conserva, en cambio, ningún comentario del alemán acerca de Noailles. Ni sus biografías ni los Archivos Einstein contienen referencia alguna a la dama que Charles Chaplin denominó “mujercita vivaz y de aspecto parecido a un pájaro”³⁵. Como único testimonio tardío nos queda el recuerdo de la esposa de Borel, según el cual el físico disfrutó con la volubilidad de la aristócrata. La que fuera su anfitriona en aquella lejana primavera de 1922 evocaba la escena de ambos personajes entregados al juego infantil consistente en construir cunas y hamacas entrelazando un cordel con los dedos, una de esas imágenes imborrables capaz de alimentar leyendas³⁶.

Su último encuentro fue inmortalizado en una breve sesión fotográfica que siguió al ágape privado, durante la cual la escritora se aseguró de permanecer junto al personaje objeto de su curiosidad³⁷. La condesa de Noailles, irrefrenablemente estival en tantas de sus obras, se muestra en las instantáneas con el gesto serio. Las gasas sutiles del lienzo de Zuloaga y el estilo atrevido, optimista de otras ocasiones dan paso a un atuendo sobrio y de riguroso color oscuro. El cuello frágil y desnudo, prolongado por el pintor más allá de su definición estricta, sucumbe insospechado en esta ocasión bajo el tejido opaco. Los ojos, en fin, son los mismos que los perpetuados por el pincel, aunque la mirada, evadida, no revela el fuego de antaño. El único gesto que delata cierta conciencia del momento es la inclinación forzada del cuerpo de la poetisa sobre el del científico agasajado, queriendo asegurarse, da la impresión, de que el testimonio gráfico no ignorará su presencia junto al gran hombre.

Léon Blum, refiriéndose a Anna de Noailles, declararía: “No creo haber conocido un ser humano, salvo Jaurès y Einstein, en quien el sello del genio estuviera tan evidentemente impregnado”³⁸.

³⁵ OCAMPO, Victoria *Op. cit.*; p. 308.

³⁴ MIGNOT-OGLIASTRI, Claude *Anna de Noailles: Une amie de la Princesse Edmond de Polignac*, París: Méridiens Klincksieck, 1986; p. 357.

³⁵ CHAPLIN, Charles *Mi Autobiografía*, Salvat Editores: Barcelona, 1995; p. 394.

³⁶ MARBO, Camille. *Figaro Littéraire*, 24 de enero 1968.

³⁷ Una de las fotografías se publicó en *L'Illustration*, 8 de abril 1922; p. 304.

³⁸ *Le Populaire*, mayo de 1933. Citado por MIGNOT-OGLIASTRI, Claude, *Op. cit.*; p. 385.

3. El científico y el pintor

*“Sólo por la ciencia y el arte valen las civilizaciones”*³⁹

Un año después de su viaje a París Einstein visitó Toledo. El físico aprovechó un respiro tomado entre conferencias y recepciones durante su estancia en Madrid para sumarse a la exigua comitiva liderada por Ortega y Gasset que realizó una excursión a la ciudad del Tajo. Aquel martes recogió en su diario:

Viaje a Toledo camuflado por muchas mentiras. Uno de los días más hermosos de mi vida. Cielo radiante. Toledo es como un cuento de hadas. Nos guía un entusiasta viejo hombre que al parecer ha producido algunos trabajos importantes sobre El Greco. Las calles y la plaza del mercado, vista de la ciudad, el Tajo con algunos puentes de piedra, cuevas de piedra, agradables planicies, catedral, sinagoga. Puesta de sol con resplandecientes colores en nuestro regreso. Un pequeño jardín con una vista cerca de la sinagoga. Una magnífica pintura del Greco en una pequeña iglesia (entierro de un noble), entre las cosas más profundas que vi. Un día maravilloso⁴⁰.

La misma pintura a la que alude Einstein constituye, precisamente, el tema central de un relato con tintes hagiográficos transmitido entre los biógrafos de Zuloaga a partir de Rusiñol. Según la leyenda, el joven artista, que entonces residía en París, se entera de la existencia de esta pintura y, guiado por una especie de fuerza superior, se desplaza expresa y directamente a Toledo para contemplar el “Entierro del Conde de Orgaz”, de noche, a la luz de una antorcha y tras la correspondiente dádiva al atónito sacristán. La devoción de Zuloaga por el Greco era compartida, además de por Manuel Bartolomé Cossío –la entusiasta persona a la que se refería Einstein– por Barrès, cantor del pintor cretense en su obra “El Greco o El Secreto de Toledo”, y a quien Zuloaga retrató con esta ciudad al fondo. Ortega, buen amigo del guipuzcoano, interrumpe su narración en el artículo “Con Einstein en Toledo” al llegar al punto en el que el “Entierro” se muestra ante sus ojos. A partir de ahí su prosa ignora otras motivaciones para centrarse en la descripción de la obra admirada⁴¹.

³⁹ POINCARÉ, Henri *El Valor de la Ciencia*, 3ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1964; p. 165. Poincaré (1854-1912) fue el matemático francés más destacado de su época. La cita original es de 1905.

⁴⁰ GLICK, Thomas F. *Op. cit.*; p. 306. La documentación original se encuentra en los Archivos Einstein de la Universidad Hebrea, Jerusalén.

⁴¹ Zuloaga incluyó a Ortega y Gasset en su inacabada composición “Mis amigos”, después de varios retratos y dibujos a lo largo de los años. La admiración entre ambos era recíproca, elogiando el filósofo al pintor y su obra en diversos escritos. La opinión de Ortega sobre Einstein fue, en cambio, mudable. De calificarlo como “una de las más gloriosas fisonomías de la historia humana”, compararlo con “nombres mayores” como Copérnico, Galileo y Newton, y catalogar su trabajo como “germen de una nueva cultura, símbolo de toda una edad” (ORTEGA Y GASSET, José. *Mesura a Einstein* (1923). En: *Op. cit.*; pp. 189 y 193) pasa a denostarlo cuando en 1937

Años más tarde, y tras el acceso de Hitler al poder, Einstein decidió emigrar de Alemania. Entre las ofertas que recibió en la primavera de 1933, la del Gobierno de la República española intentaba convencerle para que aceptara una cátedra extraordinaria en la Universidad Central, así como la dirección de un Instituto de investigación creado *ex profeso*. La persona que coordinó los contactos fue Ramón Pérez de Ayala quien, relegada su principal etapa de creación literaria, llevaba dos años ejerciendo como embajador en Londres.

En una de las cartas enviadas al físico alemán durante el proceso de negociaciones le proponía:

No olvide que cuando pase por Londres debe ser mi huésped. [...] Por esos días también será nuestro huésped en la Embajada Zuloaga, nuestro gran pintor. Desea pintar su retrato. No le cansará: es un *fa presto*. También es un hombre extraordinariamente inteligente y, como tal, discreto e interesante⁴².

El propio Pérez de Ayala había podido comprobar, cuando fue retratado por Zuloaga en 1931, cómo, en efecto, éste solía requerir escaso tiempo de pose de sus modelos una vez que la idea general de la composición estaba resuelta⁴³. Además de buen amigo, el embajador era un activo panegirista de la pintura del guipuzcoano⁴⁴. Einstein replicó: “Podemos discutir este asunto cuando llegue a Oxford alrededor del primero de junio. Entonces podré convertirme en la víctima *fa presto* del señor Zuloaga”.

Finalmente el encuentro no tuvo lugar. El físico viajó a la capital británica ligeramente más tarde de lo previsto y aunque se alojó durante dos semanas en la Embajada española, ni coincidió con Zuloaga ni llegó a pintarse el retrato, tal y como se detalla a continuación. La fotografía que Einstein dedicó entonces a Pérez de Ayala, y que éste siempre conservaría, contiene la única rúbrica intercambiada durante aquellos días. Poco después, en septiembre, el científico posó en Inglaterra para el escultor Jacob Epstein. Apenas faltaba un mes para su despedida definitiva de Europa⁴⁵.

aquél declara públicamente su simpatía por la causa de la República Española. En su réplica Ortega afirma que el alemán “usufructúa una ignorancia radical sobre lo que ha pasado en España ahora, hace siglos y siempre”, y tacha su intervención de “insolente” (ORTEGA Y GASSET, José. En cuanto al pacifismo (1938). En: *Obras Completas*, tomo IV, Madrid: Alianza Editorial - Revista de Occidente, 1983; p. 307).

⁴² Citado en GLICK, Thomas F. *Op. cit.*; p. 272.

⁴³ LAFUENTE FERRARI, Enrique *La Vida y el Arte de Ignacio Zuloaga*, 2ª ed., Madrid: Revista de Occidente, 1972; pp. 65-72.

⁴⁴ Numerosos artículos en la prensa argentina y española muestran el carácter aliado de la pluma del asturiano. También estaba previsto que éste figurase en el cuadro “Mis Amigos”, según una indicación manuscrita de Zuloaga.

⁴⁵ Con ocasión del fallecimiento de Einstein hubo quien recordó su estancia en la Embajada londinense para dejar constancia de la ingratitud de este “amigo de todas las organizaciones

Zuloaga, que ya había sido huésped del embajador el año anterior, volvería a serlo en el verano de 1934. Antes de esta visita le escribía a Pérez de Ayala desde París:

Me dicen que está Ud. enfadado conmigo, y no lo quiero creer. Es acaso porque no quise pintar al Príncipe de Gales, ni al Sr. Heinstein (*sic*)? Pero no sabe Ud. que soy absolutamente incapaz de ello? y que cada vez que he tratado de hacer el retrato de alguna persona Real, o de gran alcurnia, me ha salido un verdadero mamarracho? [...] Yo no he nacido para eso; he nacido para pintar a amigos como Ud. a quien se admira y quiere fraternalmente, y no a personajes con quienes uno está coibido (*sic*), y sufriendo⁴⁶.

El artista, abrumado por la responsabilidad, se niega a aceptar un encargo que considera comprometido. La libertad para interpretar a su modelo se ve coartada por la preocupación, y con ella se desvanece la posibilidad de profundizar en el sujeto más allá de sus rasgos objetivos. Zuloaga, experimentado y conocedor tanto de sus aptitudes como de sus limitaciones, prefiere la renuncia a la insatisfacción de un resultado mediocre. Sigue fiel, en definitiva, a su reflexión de dos décadas antes:

No y mil veces no; yo no quiero copiar la naturaleza tal y como es. Para quienes no piden nada más a un artista hay una cantidad de inventos, de aparatos fotográficos u otros que les darán sin color y sin forma las traducciones más literales que sean posibles. Pero esas traducciones no tienen nada que ver con el arte. Por eso mi esfuerzo se aplica, no en copiar, sino en interpretar⁴⁷.

Aunque no fue ésta la única ocasión en la que Zuloaga rechazó retratar a personajes públicos, los biógrafos del pintor eibarrés no mencionan este encuentro frustrado⁴⁸.

antiespañolas” que, desde su “vida segura y fácil”, había mostrado una “impertérrita e impertinente actividad política” (ASSÍA, A. La otra cara del profesor Einstein. En: *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, 19 de abril 1955; p. 3). Unos años antes, en 1947, el físico agradecía al bilbaino Juan Larrea el envío de un ejemplar de su libro “sobre la obra monumental de Picasso. Se trata de un documento igualmente excepcional –decía Einstein– acerca del arte y de la mentalidad política de nuestro tiempo” (PICASSO, Pablo, con textos de LARREA, Juan *Guernica*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1977).

⁴⁶ Recogido en FRIERA SUÁREZ, F. *Pérez de Ayala, Testigo de su Tiempo*, Gijón: Fundación Alvargonzález, 1997; p. 341. La carta original se conserva en la Biblioteca “Ramón Pérez de Ayala”, Oviedo.

⁴⁷ AROZAMENA, José M^o *Ignacio Zuloaga: El Pintor, el Hombre*, San Sebastián: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1970; p. 18.

⁴⁸ Es conocido, por ejemplo, el fallido intento para que pintase a Mussolini, descrito por Lafuente Ferrari en *La Vida y el Arte de Ignacio Zuloaga*, San Sebastián: Editorial Internacional, 1950. En las “Adiciones y Correcciones” de la segunda edición (Madrid: Revista de Occidente, 1972) el autor menciona detalles del malogrado retrato del dictador turco (Respecto a la invitación, véase “Zuloaga pintará en Angora el retrato de Mustafa Kemal”. En: *Euzkadi*, 24 de noviembre

Las palabras anteriores corroboran la inexistencia del retrato en cuestión, aclaran que el hecho de que éste no se realizara se debió al deseo expreso del pintor y contribuyen a la comprensión de su talante como retratista. Así, y a pesar de una percepción extendida en sentido contrario (“Zuloaga ha sido siempre, de hecho, un retratista, tanto si pinta en el barrio gitano como en el Palacio de Liria”⁴⁹) el pintor procuró huir de dicho encasillamiento. “Yo no soy retratista, –manifestaba al crítico Juan de la Encina– porque llevo al retrato preocupaciones ajenas a lo que las gentes, que son siempre buenas gentes, llaman hacer un retrato”⁵⁰.

Con el cruce indirecto de alusiones entre el pintor y el físico se cierra el bucle cuyo punto de partida hemos situado veinte años atrás, cuando la condesa poeta posó para el primero. Es una efigie pétreo de Zuloaga, precisamente, la que guarda desde el pequeño jardín contiguo la entrada al edificio que alberga el radiante retrato, patrimonio del público bilbaino desde hace ya más de ochenta años.

Anna de Noailles falleció en París al tiempo que Einstein escribía su aceptación a ser retratado por Zuloaga. Trascendiendo a su desaparición física, la aristócrata, vehemente y atormentada, eternamente al borde del anacronismo, triunfa en el lienzo sobre la decrepitud y la muerte, dos de sus obsesiones recurrentes. En una ocasión escribió:

¿Qué soy yo? Un humilde átomo errante / cuyo ardor fue grave y piadoso, /
quien vivió lo real de un ojo franco / combado de estupor amoroso, /
y he comprendido, con adoración, / la evidencia de lo misterioso ...⁵¹

A lo que cabría replicar, con benévolo oportunismo, recurriendo a las palabras del científico: “La más hermosa y profunda experiencia que podemos experimentar es el sentido de lo misterioso. Se trata de la emoción fundamental que subyace a toda forma sincera de arte y de ciencia”⁵².

1926; p. 4). En esta misma línea se observa que las alusiones al retrato de Franco pintado por el eibarrés contenidas en la edición original desaparecen en las de 1972 y 1990 (Barcelona: Planeta).

⁴⁹ BRINTON, Christian. Recent portraits by Ignacio Zuloaga. En: *Vanity Fair*, septiembre 1923; pp. 32-35 y 84.

⁵⁰ ENCINA, Juan de la. Un retrato. En: *Hermes*, nº 21, 1918; pp. 48-49.

⁵¹ BENJAMIN, René *Op. cit.*; p. 89.

⁵² Recogido, entre otros, en TAL, Uriel. Ethics in Einstein's life and thought. En: *Albert Einstein. Historical and Cultural Perspectives*, Eds. HOLTON, Gerald y ELKANA, Yehuda, Nueva York: Dover, 1997; p. 309.